

# COCAMSA

COOPERA-UNETE  
EXPON-DIALOGA  
Y  
**triunfaremos**

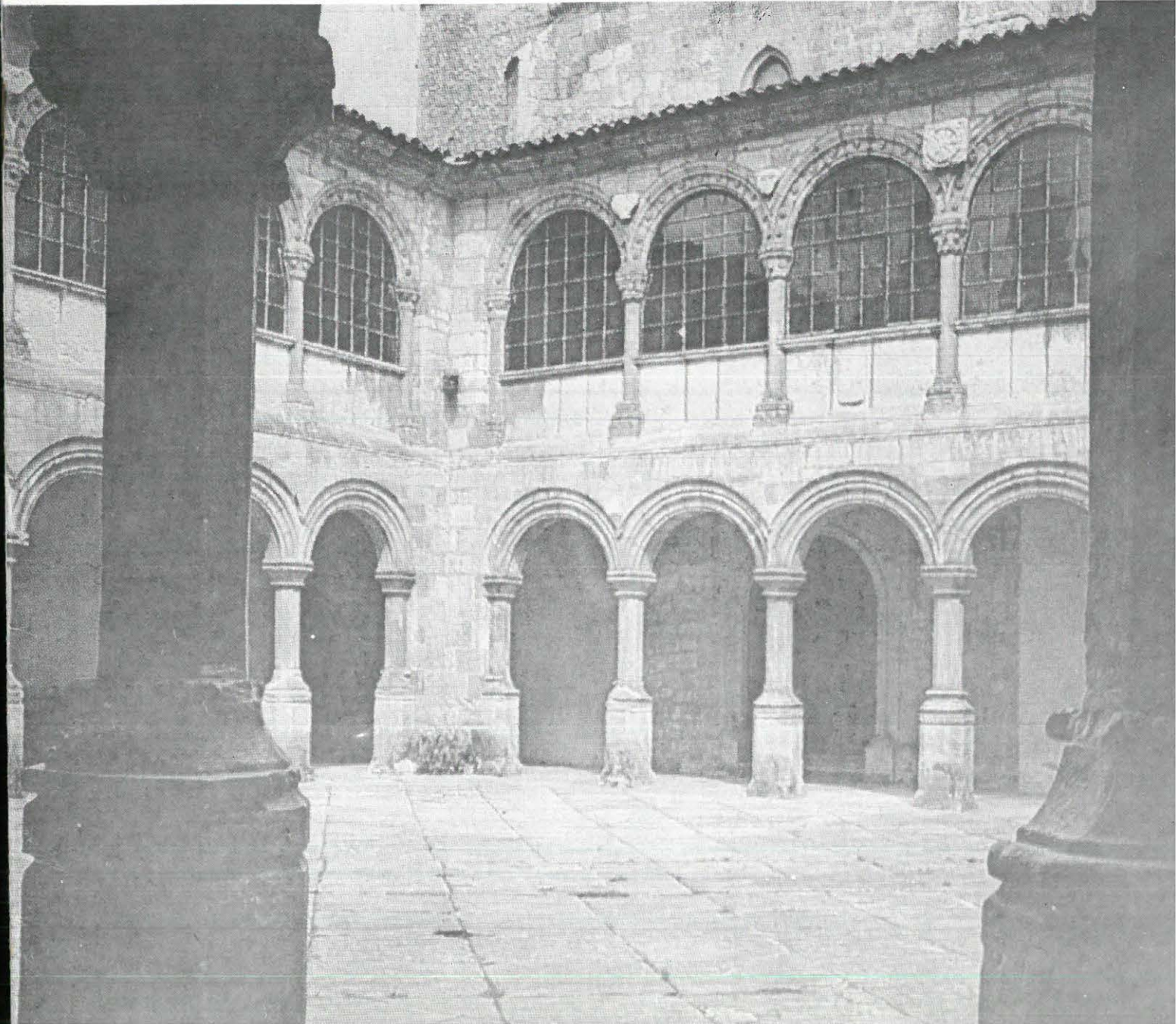


EDITA: COOPERATIVA DEL CAMPO DE SAN ROMAN DE LA LLANILLA PARA SUS SOCIOS

LA COOPERATIVA DEL  
CAMPO TE LLAMA  
PARA ESTE TRIUNFO

Nº 20 — FEBRERO/83

TEL. 330487



# Sencillez y belleza en la Poesía del hombre del campo

Por Benito Madariaga  
Veterinario

Rara vez la gente del campo lee poesía y no es porque no sea capaz de sentirla, ya que el campo y su vida contienen, de por sí, suficientes motivos poéticos que el campesino roza y vive diariamente.

Lo mejor de la poesía española es eminentemente popular. Unas veces nace del mismo pueblo y otras está expresada por poetas cuya inspiración está identificada con este sentir popular.

Ya en los comienzos de nuestra poesía existían canciones que el pueblo entonaba acompañando las labores agrícolas y así las hacían más bellas y entretenidas. Son las canciones de siega, de vendimia, etcétera, llenas de un lirismo gozoso y espontáneo, canciones que se han ido transmitiendo, modificadas o actualizadas, incluso hasta nuestros días. El folklore regional posee multitud de canciones conocidas por todos y llenas de las más puras esencias campesinas. Es fácil imaginar también al pastor entreteniendo sus labores con canciones relacionadas con motivos ganaderos. El constante contacto con la naturaleza le convierte más en filósofo y artista que en un hombre de expresión fácil, por ello sustituye la palabra por unas notas de su flauta de caña.

La gente del campo canta: sabe expresar en forma sugestiva, con ritmos llenos de gracia y transparente lirismo, todo ese mundo que brota del contacto directo con la tierra, el paisaje y las bestias.

Derivaciones de estos primitivos cantares se recogieron escritos por primera vez en el cancionero de los siglos XV y XVI, durante el reinado de los Reyes Católicos.

El teatro de Lope de Vega abunda también en interpretaciones de esta misma poesía tradicional:

«Blanca me era yo  
cuando fui a la siega  
dióme el sol  
y ya soy morena».

La visión de la pastora, vaquera, fresca y lozana inspiró a un poeta del siglo XV, el Marqués de Santillana, algunas de sus famosas serranillas. Todo se habla en ellas elegantemente estilizado: paisaje, figura de la pastora, diálogo, etcétera. La influencia del ganado, y del paisaje verde de los prados, se deja sentir en este género de composiciones.

«En un verde prado  
de rosas e flores,  
guardando ganado  
con otros pastores,  
la ví tan graciosa  
que apenas creyera  
que fuese vaquera  
de la Finojosa».

Salvador Rueda, hijo de padres labradores, es otro de los escritores que ha sabido llevar a su poesía la temática del campo en la que demuestra un gran dominio. **El canto de las carretas** recuerda al que la lee las labores de nuestros campesinos que aunque parezcan monótonas, son capaces de arrancar al hombre de la ciudad una profunda emoción. También las carretas asturianas, cargadas de heno recién segado, que chirrían, y cuyos ecos van rebotando de risco en risco, produciendo una «música salvaje, de agria armonía».

«...y no sé qué acordes hay de  
[poesía  
en su canción terrible, bárbara y  
[ronca».

Quizá sea José María Gabriel y Galán el poeta más popular de las cosas y pesonajes



del campo. «Tengo treinta y cuatro años, decía en 1904, y a escribir coplas dedico el tiempo que puedo robar a mis tareas del campo». Maestro nacional por profesión, abandonó la enseñanza para hacerse labrador en Cáceres.

Algunas de sus composiciones las recordarán todavía de aquellos años de la escuela. Son el **Idilio** de los niños pavorosos lleno de picaresca ternura o **Mi vaquerillo**, donde hace la apología del chaval que pasa las noches en el monte, a la intemperie, expuesto a los mil peligros despiertos, que encierra la noche.

«He dormido esta noche en el  
[monte  
con el niño que cuida mis vacas.  
En el valle tendió para ambos  
el rapaz su raquítica manta».

«Los valles dormían,  
los buhos cantaban,  
sonaba un cencerro,  
rumiaban las vacas».



En esta rápida visión de los poetas de campos y ganados, es preciso mencionar a Enrique de Mesa, que glosa, con simpática humanidad y candor, el conocido canto leonés: **Ya se van los pastores a la Extremadura**, esos pastores que bajan «dando al aire su tonada, con su rebaño con el que pasan el invierno en tierras extremeñas.

Llena de hondas sugerencias es también esta poesía donde el tema del lobo está tratado con un original simbolismo.

«Ayer noche vino el lobo.  
Un zagal dice que oyó  
un aullido a media noche  
que le helaba de pavor.  
-¡Está loco el zagalillo!  
-No hay en la sierra un pastor  
a quien la falte un cordero.  
-Es sin duda que soñó.  
A media noche, en la aldea,  
una mozuela murió:  
Segó la muerte el capullo  
de un tierno corazón.  
Ayer noche vino el lobo.  
Un zagal dice que oyó  
un aullido a media noche  
que le helara de pavor».

Nos toca ahora decir algo de la visión poética de Antonio Machado, del adusto paisaje castellano. La descripción, emocionada, al tiempo que austera del campo castellano, la expresa Machado en **Campos de Soria**.

Las tierras labrantías  
como retazos de estameñas par-  
[das,  
el huertecillo, el abejar, los trozos  
de verde oscuro en que el merino  
[pasta.

Pocos escritores han superado a Machado en este sentimiento de la poesía castellana, tan diferente del ambiente alegre y pintoresco de su tierra andaluza. El hombre del campo que lee hoy sus poesías, si procede del norte, encontrará un decorado diferente al habitual de montañas, arroyuelos y verdes prados donde pastan las vacas holandesas. Machado canta el paisaje triste y noble de las tierras de Castilla, los pinares, las calles

La verdadera poesía épica está en la paz solemne, dramática, del campesino, ya convertido en tierra, en piedra, en imagen viva del hombre mostrando al mundo. «el árbol puro del amor eterno».

«Lento, el arado, paralelamente  
abría el haza oscura, y la sencilla  
mano abierta dejaba la semilla  
en su entraña partida honradamen-  
[te.  
Pensé arrancarme el corazón y  
[echarlo  
pleno en un sentir alto y profundo  
al ancho surco del terruño tierno;  
a ver si con romperlo y con sem-  
[brarlo.  
la primavera le mostraba al mundo  
el árbol puro del amor eterno».

de Soria, la campana que llama a la oración..., la historia, en fin, de los pueblos perdidos en esa meseta pletórica de leyendas.

No queremos finalizar esta sección de poetas ligados al mundo de la naturaleza y los motivos agropecuarios, sin aludir a Juan Ramón Jiménez.

«Si el grano no muere, no tendrá fruto», es la palabra evangélica del profundísimo contenido que nos marca el único camino y realización en la tierra donde él deposita la semilla, soñando esperanzador en la recogida del fruto.

Juan Ramón Jiménez en **Octubre** se siente un día labrador, un día en que ante el infinito campo de Castilla que amarillentaba por el sol poniente de otoño, quiere también realizar el milagro del brote primaveral del amor eterno.

